

elegir entre las excelencias plásticas ó las morales, un pueblo debiera siempre inclinarse á las segundas. Hay mucho de atávico en ese entusiasta homenaje á la superioridad corporal, que recuerda el caso de Maximiliano Hercúleo, el cual debió el Imperio á su aventajada estatura. Por la puerta de los sentidos (dicho sea con exclusión de todo móvil impuro, pues en esto existe un caso de verdadero desinterés estético) entra triunfante el sentimiento monárquico, la simpatía clamorosa del pueblo reunido.

* *

Acaso, mirándolo por otro aspecto, lleve razón en su instinto la muchedumbre. ¿No asegura la ciencia que el objeto de la educación, de todos los esfuerzos, métodos y adelantos no es sino el mejoramiento físico, camino del mejoramiento intelectual? ¿No se persigue tal fin por la medicina, la higiene, la alimentación, el ejercicio, el deporte, el estudio constante de la antropocultura? Pues los que aclaman á la reina de Portugal por su espléndido cuerpo, están del todo dentro de la corriente de actualidad, y saludan en ese brillante ejemplar de raza al tipo humano que todos deseáramos realizar, al que la ciencia aspira á hacer más general de lo que es por ahora, y al que en las sociedades nuevas, intensamente civilizadas, va abundando más que en los pueblos viejos, decadentes y consumidos.

* *

La reina de Portugal está en su otoño, un otoño dorado y sazonado, sin señales de decadencia por ahora. En su negro pelo no hay canas, y su tez, que no ofenden afeites ni pinturas, conserva su elasticidad y lozanía. La expresión de bondad y afabilidad de su cara es la misma, ó por mejor decir, se ha aumentado con esa dulce plenitud de calma y de majestad de las matronas. He visto tres veces, con esta, á la reina de Portugal. La primera, entraba en Madrid, vestida de rojo y gualda, audacia de *toilette* que sólo puede permitirse una hermosura morena casi perfecta, como era entonces Amelia de Orleans; la segunda, era en su palacio de Lisboa, en una recepción á los individuos del Congreso de la Prensa —del cual yo no formaba parte, pero al cual debí varias invitaciones,—y por otro atrevimiento mayor si cabe que el de Madrid, la reina vestía de rosa fuerte, estaba escotada y con los brazos al aire, y colocada cerca de un amplio ventanal de vidrieras, recibía en pleno la luz de mediodía sobre sus carnes morenas como el trigo. Sólo una mujer tan bien modelada y de tan noble estructura resiste una prueba semejante.

Y ahora, la hemos visto todos llegar de un viaje fatigoso, y no revelar el cansancio ni la ofensa de las molestias sufridas en el camino. Es el privilegio de las organizaciones fuertes, ricas de sangre y de músculos, que tienen reservas que gastar antes de rendirse.

* *

Un suceso de orden bien diferente que el del viaje regio, es el fallecimiento del eminente costumbrista D. José María de Pereda.

Desde hace bastantes años había muerto para las letras, porque no escribía. No bajó al sepulcro como Valera, que hasta rendirse á la última enfermedad no dejó la pluma de la mano. Pereda, por el contrario, tuvo esa etapa de retraimiento y triste descanso que precede á la muerte y en cierto modo la anticipa. Sin que el puesto de Pereda en la historia literaria del último tercio del siglo XIX fuese menos alto y señalado, cabe decir que el público del XX empezaba á considerarle como un clásico, y por consiguiente á olvidarle—¡aquí donde los clásicos padecen tan profundo, tan letal olvido!

Yo estimé muy verdaderamente el mérito de Pereda, y lo demostré en varios artículos y trabajos de crítica, que fueron bastante leídos é influyeron algo en la formación del concepto de la personalidad literaria del maestro santanderino. Especialmente mi estudio sobre la novela *Pedro Sánchez*, contribuyó (en el límite que toda persona de juicio puede

apreciar) al éxito de aquella obra muy ensalzada. En cuanto escribí de Pereda le demostré siempre profunda consideración y admiración: dírame Dios á mí, para los días de fiesta, críticos así, comprensivos, llenos de simpatía, de estimación intensísima por el esfuerzo de un autor. Es imposible hablar de nadie con mayor cortesía ni con mayor justicia, y los que hayan leído mis *Polémicas y Estudios literarios*, así lo reconocerán. Con verdad digo que al releer yo misma todos mis juicios de aquella época sobre escritores contemporáneos míos, si algo encuentro es un extremo de consideración y de elogio que revelan ese culto apasionado de los maestros propio de la juventud, hermoso privilegio de los años entusiastas, y que la edad madura, más analítica y más predispuesta á la comparación, rebaja un poco, inevitablemente. Pues bien: este modo mío de sentir y de expresarme no fué suficiente para que el ilustre santanderino, ante algunas ligeras observaciones, no se enojase conmigo y me demostrase su enojo en un artículo muy destemplado y descorré, al cual hube de responder cumplidamente, sin prescindir ni de mi urbanidad ni de mi opinión siempre favorable á sus escritos. Quedó desde entonces cortada nuestra amistad, suspendida nuestra correspondencia, bastante activa (y esto lo sentí de veras; pues los autógrafos de Pereda merecen archivarse), y limitada mi relación con el maestro montañés á la lectura de lo que publicaba, no de lo mejor, ni mucho ya, por desgracia, desde aquella época. Y quedó también confirmada una vez más la verdad de que no hay medio de conservar buenas relaciones con los escritores si se habla en público de sus escritos, así empleemos las más delicadas formas de la alabanza, y expresemos, con la mayor efusión, el interés y el agrado que nos merecen.

* *

Es esta una de las mayores adversidades de la profesión, una de sus muecas más irónicas. En los comienzos de la vida literaria existe cierta fraternidad, las manos se tienden, las relaciones son francas, cordiales. Pero á medida que pasa el tiempo, lo que brota en el campo arado por el esfuerzo y regado por el sudor, es la cizaña de la discordia y los abrojos del odio, quizás del despecho y de la envidia. Díjese que la personalidad, al desarrollarse y afirmarse, al caracterizarse de un modo imperecedero, provoca negaciones, antagonismos y desgarramientos de esa tela del espíritu que tejen las amistades intelectuales. A tanta costa se gana y adquiere el derecho á no ser completamente borrado del libro de la vida después de morir. Este es uno de los zarpazos con que nos halaga la *Quimera*.

* *

Con Pereda desaparece el más caracterizado representante del regionalismo literario, dirección que, ó mucho me equivoco, ó en la lírica, en el teatro y en la novela está agotándose y decayendo rápidamente. Pereda, por sus condiciones de artista y de hablista, por su lúcida visión de pintor, por su realismo enérgico y fresco en lo popular y en lo natural, persistirá, lo repito, como un clásico, situado en su verdadero lugar y reconocidas y discernidas las condiciones de que careció y las que poseyó como nadie. Serena y desapasionada vendrá para él, como para todos, la crítica del porvenir, y le colocará al frente de esa legión en que figuran Trueba y Fernán Caballero, Arturo Campión y Oller, con los demás escritores que, enamorados de un pedazo de tierra, dominados por él, han expresado su espíritu y estereotipado sus tipos y costumbres.

El lugar de Pereda siempre será señalado, elevado, y el cariño que en su tierra le profesen y le demuestren, honrará á esa tierra más aún que al autor de *Sotileza*, porque cada país debe amar, encumbrar, laurear á los suyos, reconocerse en ellos, y cuando esta ley de afecto se quebranta, revela una depravación del sentimiento, algo que Dante expresó en frases muy amargas, y que es un estigma para los pueblos y las regiones.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estas visitas de reyes tienen mucho de escenografía. Nada les pueden enseñar respecto al país por donde cruzan, y nada nos enseñan á nosotros respecto al modo de ser de los egriegos huéspedes que casi en medio de un torbellino, ó atravesando los aires como las Walkyrias de la leyenda germánica y escandinava, se nos aparecen un segundo para que la nube los envuelva inmediatamente.

* *

El rey de Portugal es un artista: sus cuadros, que he visto en la última Exposición Universal celebrada en París y que ocupaban un lugar muy honroso, me han dicho más acerca de él que su paso por las calles de Madrid, embutido en el uniforme, que le asfixia. Los reyes no debieran engordar nunca; he aquí una reflexión que me sale al paso: los reyes necesitan—como todas las personas que tienen el deber de presentarse en público—ejercitar una gimnasia y seguir un régimen de *entraînement* (ya hay quien dice *entrenamiento*). La obesidad, que es una enfermedad verdadera, de las más graves, para los simples mortales, es para los monarcas algo más—un elemento que se resta á su prestigio y al efecto que su presencia debe causar en las multitudes.

Y todavía exigen más estas tiranas: exigen que las reinas se presenten adornadas con los dones y atractivos de la belleza. Yo confieso que sin género de duda me agradan el cuerpo y la cara de la reina Amelia de Portugal; pero aunque esta bella soberana fuese pequeñita, negruzca y sin chiste, me atraería por su fama de caritativa y buena; y puesto á